

Gentes y Paisajes

Texto y fotografías:
MIGUEL SALGUERO.

Nº 27 - Una partera empírica

Así vivimos los ticos

Sra. María Rosa Chinchilla Gamboa
Vda. de Fallas. 58 años, 5 hijos.

Vecina de Cangrejal de Acosta,
a 4 horas a pie de San Ignacio.



Sra. María Rosa Chinchilla Gamboa Vda. de Fallas, 58 años, vecina de Cangrejal de Acosta. Nos contesta una serie de preguntas sobre su vida, la de los suyos y lo que la rodea, en la entrega Nº 27 de Así vivimos los ticos.

—¿Podría darnos una cifra aproximada de las criaturas que Ud. ha traído a este mundo?

—Casi que no, porque tengo 32 años de acompañar mujeres; idiay, yo creo que como unos cien niños he traído yo, más o menos.

—¿En cuáles lugares es Ud. madrona?

Ahora hay más mujeres que dan partos, por eso sólo en Cangrejal, Las Cruces, Llanito, Llano Bonito y la Es-

—¿No ve Ud. a los muchachos que ha ayudado a nacer? ¿Como hijos para usted?

—Ah sí, claro; ay María! Ha a muchacho que yo lo envié en el delantal porque eran gentes pobrecitas y entonces los veo como si fueran hijos míos. Los quiero mucho.

—¿Recuerda Ud. el primer

parto que atendió? ¿Cómo fue la cosa?

—¿El primer...? Sí, una vecina mía. Bueno, idiay, me llevaron y llegué y al momento vino la criatura al mundo. La recibí, le corté el ombligo, la mudé, acosté a la mujer en la cama y le di alimento: leche, huevo y cacao. Aquí se acostumbra que la mujer se levante a los tres días.

—¿Tuvo temor de que no le saliera bien el parto?

—Nunca he tenido temor de que me salga mal. Los partos nunca me han dado miedo porque cuando nacieron los míos, nadie me acompañó, sino que yo sola me mejoraba, me lo hacía todo.

—¿Cuánto cobró esa primera vez?

—Diez pesos. Siempre he cobrado diez pesos nada más.

Hay personas que me han pagado, otras no.

—¿Había un doctor cerca para recurrir a él en caso de problemas?

—No señor. En ese tiempo ni aquí en San Ignacio había doctor.

—¿Qué hubiera hecho si se le presenta una complicación?

—Ah, ya se me han presentado. He tenido que mandar a dos mujeres para afuera, porque viene la fuente y no revienta y como uno no debe tocar nada de esas cosas, entonces hay que mandarlas para afuera.

—¿Cómo sacaban a las enfermas?

—En ese tiempo en hamaca; cuatro hombres cogían una sábana por las puntas y adentro venía la mujer.

—¿Cómo aprendió lo del parto? ¿Su mamá le enseñó?

—De mi caletre aprendí. Nadie me ha enseñado nada. El ánimo y la necesidad de que hay que hacer las cosas porque, ¿idiay?

—¿Se considera Ud. como si fuera una profesional —como si viviera del trabajo— de partera?

—Bueno, yo tengo tanta experiencia que a veces ni las mismas enfermeras la tienen. Yo por ejemplo le echo el cálculo a las mujeres de cuánto les falta, cuándo va a nacer la criatura, y todo lo demás, y no pierdo... siempre acierto.

—¿Había otras comadronas en su pueblo?

—Sí, pero como hicieron este curso en la Unidad Sanitaria, que nos dan las enfermeras de Salubridad, las hicieron a un lado porque no quisieron venir.

—¿Recuerda Ud. otros problemas que haya tenido —aparte de los dos de la fuente— con el nacimiento de criaturas?

—No, porque los demás todos me han salido bien; ninguno ha venido de pie ni sentado.

—Peso... ¿si se ha llevado algunos sustillos en un alumbramiento?

—No, nada. Yo he sido muy dichosa en ese aspecto. Veo que todo esté bien; y si no, a mandarla para afuera.

—¿Va a aumentar la tarifa con este curso?

—Siempre he cobrado los diez pesos, pero ahora me dicen que con lo que me han enseñado puedo cobrar un poquito más. Yo soy sola y tengo que ganarme la platita para comer y vestirme. Quiero cobrar por lo menos unos veinte pesos.

—¿Perdone la insistencia, pero nunca se le ha muerto una criatura...?

—En el parto, no; después de grandecitas, sí.

—¿Se siente Ud. como una especie de doctora en el pueblo? ¿La respetan mucho?

—Ah, sí; me respetan y me buscan para muchas otras cosas, para enfermedades por ejemplo.

—¿Hay una hora "preferida" o frecuente para los nacimientos?

—No, contrario a lo que cree mucha gente, no; nacen a cualquier hogar... De noche no es tanto como algunos piensan.

—¿Le dan mucho problema las parturientas?

—Hay muchas muy nerviosas pero uno mismo tiene que darles valor, conversarles, alegrarles aquello; decirles que van a tener un niño muy bonito, muy hermoso. Si la partera tiene miedo, ellas se ponen más nerviosas, pero como a mí no me da miedo...

—¿Son muy temerosas las primeras?

—Ah sí, mucho más. La primera siempre es más cobardita. Yo las consuelo; nunca las requeño. Hay que tratarlas con amor...

—¿Y los maridos resultan tan nerviosos como las mujeres?

—Sí, hay hombres muy cobarditos, que no se arriman a donde están las mujeres ni a parlos. Será lástima o miedo; pero el marido mío era de un ánimo grandioso, nunca le daba miedo. El me ayudaba en los partos.

—¿Hay mucho matrimonio con gran cantidad de hijos?

—Tal como mi mamá crió once; una hermana crió diez. Otra crió otros diez; otra tiene nueve. Pero ya estos matrimonios van pasando; ahora tienen menos. Aunque conozco una mujer que le ha dado el ser a veinte.

Continúa...



Participantes en el curso efectuado en San Ignacio de Acosta para adiestrar a parteras empíricas de lugares alejados del cantón. En la última página de este suplemento damos algunos datos de este interesante programa del Ministerio de Salubridad Pública.

“Las mujeres de aquí están muy desnutridas; les hace falta mucho alimento. Se ven pálidas y a veces antes de mejorarse se hinchan...”

Yo me levanto todos los días a las tres de la mañana; somos trabajadores pero la tierra está cansada.

—¿Cómo ve Ud. lo que ganan los vecinos de esta región? ¿es muy poco?

—Sí, poquísimo. Por semana hay peón que apenas gana veinticinco colones. Porque como aquí no hay haciendas grandes; lo que más se trabaja es cuestión de frijolares y milpas. Si hubiera café y cosas así, se ganaría más, seguro. El que paga mejor sueldo aquí en Cangrejal paga seis pesos, de seis a doce del día.

—¿Están mal alimentadas las mujeres que Ud. atiende?

—Muy desnutridas, sí. Les hace falta mucho alimento. Se ven pálidas y a veces antes de mejorarse se hinchan.

—Y las criaturas al nacer, ¿cómo las ve? ¿Muy débiles?

—Hay unas que nacen muy nutriditas. A mí me regalaron un chiquito y oiga, estaba toda hinchada y nació tan frondosa la criatura... pesó ocho libras. ¿Quién sabe en qué irá eso?

—¿Aconseja Ud. que les den una buena alimentación a los pequeños?

—Que les den el pecho siempre; solamente que se les seque, entonces que les den leche de vaca. Huevos, carne de pollo. Y que les den bananos, verduritas. Yo les aconsejo a todos los tatas que a la orilla de la casa hagan una huertita; no cuesta hacerlas. Hay algunos que me hacen caso; otros mejor van a comprar la verdura afuera.

—¿Y cómo son las condiciones sanitarias?

—En algunas casas son algo dejaditos, y otras que son dejadas del todo. Lo más que hace falta es cuestión interiores. Hay varias casas que tienen excusados, pero la mayoría no.

—¿Se mueren mucho los chiquitos pequeños, digamos de uno o dos años?

—Se mueren algunos sí, de uno o dos años, pero el que pasa ya los dos años está pegadito. Hay familias en que los chiquitos son muy raquíticos; tienen la edad de ir a la escuela y son así, muy desnutridos. Los hijos de pobres pobres principalmente.

—¿Antes de ahora ha tenido alguna explicación de doctores acerca de los partos?

—Ah no; antes del curso de Salubridad no he tenido ninguna explicación de doctor o enfermera.

—¿Llega doctor al pueblo?

—Muy poco. Ya va a hacer nueve meses que no viene. Es que el camino está muy feo.

—¿Qué cultivan o de qué viven en su pueblo?

—Sólo sembramos frijoles y maíz; café. Hay algunos que tienen cafetales, pero otros no tienen nada. Son pequeños los cafetales; hay tamaños cafetalillos pero de gente de San Ignacio.

—Por lo general, fuera de los partos, ¿a qué se dedica Ud?

—Bueno, yo soy muy acertada para cosas así como empachos, lesiones, alguna persona que padezca de calentura voy y le pongo paños de alcohol y le bajo la calentura; cosas para un colerín. Pero soy jornalera también. ¿No ve que soy sola y tengo que mantenerme? Hago frijolares para mí.

—¿A qué hora se levanta?

—A las tres de mañana todos los días. Comienzo a trabajar a las seis. Me levanto a esa hora porque me enseñé así desde pequeña. Hasta los domingos madrugó.

—En qué consiste el desayuno?

—Café con tortilla. Pan; a veces tengo pan. No como huevos ni nada de eso. Me siento

como débil; me duele mucho la cabeza.

—¿Y qué come al almuerzo?

—A veces frijoles, y tal vez un bocadito de arroz; a veces sólo frijoles. Si tengo; si no hay frijoles, nada. A veces trabajo sin almuerzo, ni un huevito ni nada. No tengo gallinas. Tal como ahora voy a coger café para comprar una ropita.

—¿El almuerzo de los vecinos es parecido?

—Ah no; todos no, porque hay unos muy pobres, pero hay otros que sí tienen más. Yo como no tengo marido que me compre las cositas, a veces no tengo nada. Pero hay vecinos que sí comen bien.

—¿En general, le parece que en su pueblo se trabaja mucho?

—Uuuuu; son muy trabajadores todos. Lo que pasa es que la tierra ya no da, está cansada. Figúrese que yo tapé cuartillo y medio de frijoles colorados y cuartillo medio fue lo que me aporrié. No vale la pena ponerse a trabajar así.

—¿Y qué hacen ustedes por las tardes? ¿Tienen alguna diversión?

—No, no hay nada. Oigo radio; el esposo mío me lo dejó antitos de morirse y me dijo que no lo vendiera.

—¿Las noches son muy aburridas?

—Idiay, no hay nada. Yo no me acuesto antes de las siete, hasta que oiga el Rosario, porque es que yo sola no puedo rezarlo, aunque me lo sé. Se me enredan las letanías a veces.

—Hay luz eléctrica o cañería?

—No, ninguna. Las aguas son malas; hay aguas corrientes pero tienen mucho bicho. Hasta ahora van a hacer la cañería. Ya tienen el tanque. La está haciendo la municipalidad en colaboración con los vecinos.



Doña Regilda —así le dicen a doña María Rosa— cuando llega a San Ignacio para asistir a las clases en la Unidad Sanitaria.

—¿Qué cosas come Ud. por la tarde?

—A veces arroz y frijoles; banano, guineo...

—¿Come carne a menudo?

—¿Carne? Se le pasa a uno

un mes o dos y no ve un pedacito de carne. Sólo cuando se sale a San Ignacio, porque en Cangrejal matan apenas cada cinco o seis meses una vaca, un chanchito, un novillito...

Continúa...



Doña Engracia Cascante Pérez, de 41 años, vecina de La Ortiga. Una de las parteras empíricas que ha asistido con toda regularidad al curso impartido por enfermeras de Salubridad.

Así vivimos los ticos

"Me gustan más los partidos de futbol que los de política porque éstos le ofrecen mucho a uno y no le dan nada..."

¿Por qué no va uno a criar todos los chiquitos que Dios le dio? Claro que se ven algunos con hambre y da lástima...

—¿Pero, ha progresado algo su pueblo de 15 años atrás a esta parte?

—Sí ha progresado; ahora hay camino más o menos bueno, hay escuela, un centro de nutrición. En cuanto a la comida de nosotros, ha sido parecido todo el tiempo; no hemos progresado.

—¿Qué hacen los domingos para entretenerse?

—Nada. No hay ni misa porque no hay padre. Yo oigo la misa en el radio. No hay diversiones de nada, ni partidos de futbol... bueno, sí, pero larguillo, en Llano Bonito. En Cangrejal hay plaza pero no hay gente que juegue.

—¿Se considera Ud. muy católica?

—Sí, y todos mis hijos. Todos ellos saben el Rosario, porque yo se los enseñé.

—¿Le hace caso Ud. al Papa en cuanto a que no se deben evitar los hijos?

—Sí, pero las enfermeras me dijeron que hiciera una campaña para que las mujeres que quieran usar cosas para evitarlos que fueran a la Unidad Sanitaria. Yo les digo: vayan, que las están esperando, pero no les digo para qué. Yo pienso que uno tiene responsabilidad de meterse en esas cosas, porque uno es católico. ¿Qué dice Ud.?

—¿Cree Ud. en lo que dicen algunos que cada niño trae su bollo de pan bajo el brazo?

—Yo veo que mi madre crió diez; que la otra crió veinte, la otra once. ¿Por qué no va uno a criar los hijos que Dios le dio? Claro que uno ve chiquitos con hambre y le da lástima. Pero sí le digo, nadie se muere de hambre.

—¿Algunas señoras le hacen caso y van a la Unidad Sanitaria?

—Muchas no están de acuerdo, pero muchas apenas les dice uno se van a ver qué es la cosa; hasta las muchachas jóvenes se están metiendo en eso.

—En términos generales, ¿Ud. cree que el cantón de Acosta ha progresado en los últimos años?

—Ah sí; ha progresado mucho está muy bonito ahora. Fíjese que en San Ignacio antes de ahora no había Unidad Sanitaria, ni centros de nutrición, ni Seguro Social. Los caminos eran muy malos y no había cañería por ninguna parte. Ahora hasta hay esas que llaman Las Vicentinas, no sé si las manda el gobierno, pero la cosa es que ayudan a los pobres.

—¿Se nota en la gente deseos de salir del estancamiento, de progresar?

—Sí, hay deseos de progresar. Es gente trabajadora; ahora que hay tanta ganancia con el café todos trabajan. Hasta los niños cogen café.

—¿Ud. cree en lo que dicen los señores que se dedican a la política?

—Yo nunca creo nada de esas cosas porque, ¿sabe por qué? La cuestión de la política es una cosa que a mí nunca me ha gustado; me gustan más los partidos de futbol que los de la política, porque éstos ofrecen mucho y no dan nada.

—Pero... ¿ningún político le merece fe?

—No, no; engañan a Costa Rica como engañan a un chinito. Considere Ud. cuánto ofreció el actual; que esto, que lo otro, y mire. Y todas son por un igual.

—¿Ove Ud. a las personas que son nuevas en política, que están tratando de hacer partidos políticos nuevos?

—Nunca los oigo; uno oye el Rosario, la misa, cosas que le vienen al caso, pero cosas que no le precisan, que no le interesan, ¿para qué oírlos? Oigo los partidos de futbol; esos otros que hablan y dicen que yo no me doy cuenta de nada.

—¿Cree que los gobernantes que ha tenido Costa Rica han

beneficiado a la clase trabajadora?

—Yo como vivo tan largo no me doy cuenta de nada; pero el lugar de donde nosotros, no, nada se ha beneficiado. Para Cangrejal no ha habido nada.

—¿Le parece bueno el sistema democrático, que haya cambio de presidente cada cuatro años?

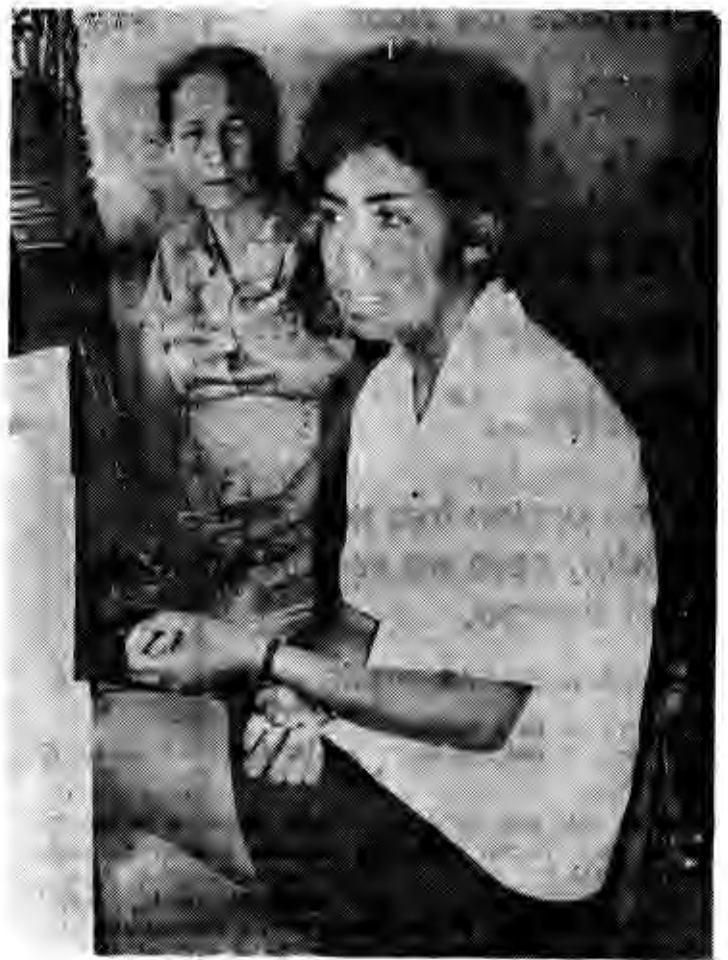
—Sí, me parece bueno que haya cambio. De por sí tienen que cambiarlo; ¿cómo van a dejarlo más? Bueno, han habido algunos que son bastante buenos, y uno deseara que se quedara aquella persona, pero no se puede.

—¿Qué piensa Ud. del gobierno que tiene Cuba?

—Ah, pues que ese sí es malo, porque se oye decir que es malo. Yo, la verdad, es que no sé, pero dice el radio que es malo. Dicen que Fidel mata la gente. Generalmente al comunismo, ¿quién lo va a querer? Siendo uno católico al comunismo no lo quiere.

—Hay gentes que dicen que Costa Rica necesita un gobernante de mano fuerte, un hombre duro; ¿Qué dice Ud.?

—Ah, sería bueno una mano fuerte que terminara con todos los vaquos, con todos los ladrones. No está bien que tengan



Sra. Leonilce Alfaro de Paniagua, enfermera obstétrica, supervisora y coordinadora del programa de adiestramiento de parteras.

a tantos de vaquos...

—¿Y un dictador?

—¿Dictador más de cuatro años? ¡Le va a gustar a uno! No hombre.

—¿Le gustan los programas de la radio?

—Sí, me gustan mucho los programas. Oigo Celaje Ranchero que llaman, a las tres; en la madrugada pongo Libertad. Me gusta oír Monumental. En Radio Reloj oigo las noticias.

—¿Y qué piensa de los periódicos?

—Yo no sé leer. A la oficina de correos llega el periódico; a veces oigo comentarios de lo que dice.

—¿Ha visto televisión?

—No, nunca. Tengo ganas de ver, ¿pero qué hace uno con las ganas si no puede porque vive tan largo?

—¿Hay mucha moda de las nuevas en el pueblo?

—Aquí como que no se ve eso de las chinguras; se ven pero muy poco. La moda más terrible es para afuera, pero aquí no.

—¿Le parece bien la minifalda?

—Um-kú. A mí no me gusta eso. No porque... ¿cómo dijera yo? Como que andan provocando a los hombres.

Continúa...



Dentro del maletín suministrado por Salubridad Pública, doña María Rosa nos muestra implementos y medicinas tales como cepillo para el lavado de manos, paños, recipientes para hervir tijeras, cuerda especial umbilical, cinta métrica para medir el tamaño de la criatura, una romana, jabonera, "mentioley", gotas para los ojos, etc. Todo esto forma parte de los equipos que han recibido más de cien parteras empíricas.

Así vivimos los ticos

"Bueno, hay mujeres de mucho temple, de mucha opinión; tal vez una mujer de presidenta sería mejor y hasta más caritativa..."

A mí me pagan tres pesos al mediodía, pero no consigo trabajo todo el tiempo.

—¿Le gustaría ser diputada?

fuerte y de allí le entró la fiebre amarilla.

—Es que yo no he conocido ningún diputado y casi que no sé lo que es.

—¿Qué han estudiado sus hijos?

—¿Pero ha oído que los diputados a veces buscan ayudas para el pueblo?

—Todos fueron a la escuela; los primeros salieron de sexto, pero Rosa salió antes; digamos no aprendió nada, estuvo cuatro años y era redonda. Una muchachilla sí sacó el diploma, pero los otros no. Los otros se dedican a... criar familia, ¿a qué otra cosa? No me ayudan en nada porque son muy pobres. El mayor sí me ayuda; vive por otro lado. Cuando voy a pasear me da diez colones.

—No sé nada de eso, ya le digo. Es que... bueno, yo salgo muy poco. A veces se pasan hasta tres meses que no salgo de la casa, de Cangrejal mejor dicho.

—Pero del Congreso, de la Asamblea si ha oído hablar?

—Si Ud. contara con platita bastante, ¿hubiera puesto a estudiar a sus hijos?

—No. Es que como yo vivo trabajando y a veces cuando pongo el radio no hay nada de esas cosas. Yo oigo mentar diputadas pero no sé ni de lo que hablan.

—Sí, los hubiera puesto a estudiar, idíay para maestros, para enfermeras, para alguna cosa aue fueran útiles.

—¿Sería partidaria de una mujer para presidenta de la República?

—¿Está contenta con lo que le enseñaron a sus hijos en la escuela?

—Yay, ¿yo qué voy a saber? Bueno, hay mujeres de mucho temple, de mucha opinión; tal vez una mujer de presidenta sería mejor y hasta más caritativa.

—En realidad sólo aprendieron a leer y escribir y nada más.

—¿Ha oído hablar de la Universidad de Costa Rica?

—¿Cuáles medidas, ¿que cosas le recomendaría a una mujer de presidenta?

—No, nada.

—¿Ha conocido doctores? ¿Son buenos?

—Y... ¿cómo voy a hablar con ella? ¿De dónde la cojo? Bueno, si pudiera primero la felicitaría por ser presidenta. Aquí vino una vez un presidente y yo hablé con él. Le dije que ojalá mejorara la cosa, que ayudara a los pobres principalmente.

—Los doctores que yo he conocido... es que últimamente yo sólo dos doctores he conocido nada más, pero son buenos.

—¿Ha oído hablar de que en la Universidad hay mucho estudiante como que es medio alborotador?

—¿Le hizo caso?

—No he oído nada de eso, nada.

—Yo tan lejos... ¿qué voy a saber! Habrán ayudas para otros lugares, pero para nosotros, nada.

—¿Qué le parecen a Ud. los comunistas de Costa Rica?

—¿Le parece a Ud. que la vida es muy barata en Costa Rica?

—Ah, no, hombre; son muy malos porque el comunismo no cree en Dios.

—Ummm... qué va, cara. Cara porque ahora que estuve yo cogiendo café para comprar una libra de frijoles había que pagar uno veinte. Barato no hay nada, nada, nada...

—¿Conoce Ud. a algún comunista?

—¿Cuánto gana Ud. semanalmente como peona?

—Me pagan tres pesos al mediodía, pero no consigo trabajo todo el tiempo. Sólo para los tiempos de frijolares y milpas o para las cogidas de café.

—¿Y le alcanza con esa platita para sus gastos?

—No, hombre! Qué va; apenas para medio comer; vestidos y calzado quedan por fuera. Y si tuviera familia ni para medio comer. El arroz a noventa, el dulce a cincuenta la libra...

—¿A qué se dedicaba su marido?

—A! jornal. Murió de fiebre amarilla. Le dio en Cangrejal y fue a morir al Hospital. A él le cogió la gripe y se fue a trabajar; se llevó un aguacero muy



"Sí ha progresado el cantón de Acosta; ahora hay Unidad Sanitaria, Seguro Social..." En la fotografía vemos el edificio del Seguro Social en San Ignacio.

—La verdad es que como no los conozco no sé ni cómo serán. Yo he oído decir que son muy malos pero no sé si será verdad. Claro que el que vive en San José sí debe saber, pero a mí se me pasan cinco años y no voy.

—Cambiando la cosa, volvamos a su trabajo. ¿Es duro ser partera?

—Para mí no, es muy fácil. Y no me da pereza; yo he salido de mi casa a todas horas de la noche como si nada.

—¿A qué distancias de su casa le ha tocado asistir a una mujer?

—A pie se tardan muy bien dos horas de la casa mía a donde he tenido que ir a atender un parto. Y no me han pagado nada más, sólo los diez pesos. Bueno, a veces me dan un puño de maíz, de frijoles, cosas así.

—¿No le han salido "asustos" o espantos y otras cosas por esos caminos solitarios?

—Nada, nunca, nadie nadie. Yo no creo en nada de esas cosas, ni en la Llorona y el Cadejos. Yo no creo en nada de eso.

—¿Han llegado brujos a su

pueblo? ¿Cree en maleficios?

—Nunca han llegado brujos a Cangrejal, ni hay de aquí. Yo no creo en maleficios ni nada de eso; sólo en Dios y la Virgen.

—¿Le parecen bien los cursos del Ministerio para capacitarlas a Uds.?

—Muy bien; bueno. He aprendido mucho de como deben manejar las mujeres de parto que uno acompaña.

Continúa ...

Así vivimos los ticos

"¿El mundo? Quién sabe para dónde irá. Yo veo que está muy raro, muy revuelto. No camina bien como caminaba antes..."

Idiay, yo nada siento para la Navidad porque como soy sola y no salgo de la casa; el 24 en la noche rezo y me acuesto a dormir.

—¿Le gustaría conocer otros países? ¿Cuáles...?

—No, no me gustaría. ¿Conocer como México o los Estados Unidos? No me interesa. Yo no sé por qué. Ni tampoco ir a Lituania o a otros lugares...

—Nos dijo que iba a San José cada tantos años. ¿Ha ido recientemente?

—Sí, ahora hace ocho días que fui porque me llevaron a examinarme los pulmones; pero por paseo casi nunca voy.

—¿Qué le parece la gente con que se tropieza en San José? Es gente amable, cortés?

—Idiay, uno como es campesino nadie lo trata. Uno no tiene conocidos allá. La verdad es que se ve gente de todo; buena, generosa, otra no.

—¿Le gustaría vivir en San José?

—No, no. No me gustaría vivir allá de ninguna manera; me han ofrecido hasta ciento cincuenta colones y que me vaya a un concierto y no he querido. Yo padezco mucho del cerebro y no me gusta la bulla.

—¿Va a pasear a algún lugar por ahí?

—No, se pasa hasta un año y no salgo a ninguna parte. Sólo voy a afuera por alguna enfermedad, que me lleven. Yo no conozco nada más que San José y Cartago.

—¿Llegan polacos a su pueblo? ¿Qué le parece ese sistema de ventas?

—Sí, llegaban antes, ahora no. Bueno, uno pobre debe aprovechar porque no puede pagar todo de contado.

—¿Qué siente Ud. por la Navidad?

—Idiay, yo no siento nada porque como no salgo de la casa; cuando uno sale a divertir-

se y cosas así, pues sí debe sentir, pero cuando no? El 24 en la noche rezo y me acuesto a dormir. Los hijos y los nietos llegan al día siguiente. Alguiito me dan.

—¿Qué le parecen los comerciantes nacionales?

—Yo como no me doy cuenta de comerciantes. Aquí sólo hay comerciantes de ganado y chanchos. Pero no me doy cuenta si ganarán o perderán.

—¿Qué le parecen las autoridades?

—Tampoco me doy cuenta de si cumplen las autoridades o los empleados. La autoridad de Cangrejal si es buena.

—¿Alguien le ha leído algún libro? ¿Oye novelas?

—No, nunca nadie me ha leído nada. Novelas oigo por el radio; hay unas muy bonitas, otras son feas.

—¿Qué clase de música prefiere?

—La concertina. Y música ranchera me gusta mucho. Oigo todos los programas de la madrugada.

—¿Le gusta la música de Costa Rica?

—Sí, me gusta cuando la oigo. Lo que no me gustan son los bailes. Aquí hacen bailes, pero con músicas de aquí mismo. Yo no voy a los bailes; peca uno más con ir a ver, a venir que llaman.

—¿Le parece que la iglesia está haciendo una buena labor de ayuda al pobre?

—No sé, no me doy cuenta si estarán ayudando. Cuando hay misa, yo voy. A veces hacen reuniones, pero no me doy cuenta de qué serán. Hay una que llaman asociación de desarrollo o algo así, pero no estoy metida en eso. Si veo que han arreglado los caminos.

—A propósito de problemas, hay mucho "malensebado" o arrejuntado por aquí?

—No, muy pocos. La mayoría son casados por la iglesia.

—¿Le parece a Ud. que la moral está en decadencia, que hay cosas que no están bien?

—Han cambiado mucho las cosas; ahora se ve lo que antes no se veía. Para mí la cosas han cambiado muchísimo...

—¿Ha oído hablar de mariaguana por aquí? ¿Hay muchos mechudos?

—No he oído hablar de la mariaguana; mechudos hay pero muy pocos. Me parece que se ven muy feos los hombres de pelo largo.

—¿Ha ido alguna vez al cine?

—No, nunca. He visto películas pero en la Unidad Sanitaria. Me gustan.

—¿Cómo ve Ud. el mundo?

¿Cambia mucho?

—Quién sabe para donde irá. Yo veo que el mundo está muy raro, muy revuelto. No camina bien como caminaba antes.

—¿Le pediría algo al Presidente para el cantón de Acosta o para Ud.?

—Nada, porque es mejor pedirle a Dios que sí concede, que al Presidente que no concede nada.

—¿Y qué le pide a Dios?

—Yo le pido a Dios para que no siga la perdición del mundo; que a El como puede todas las cosas, le pido porque el mundo está muy perdido. Le pido por todos y por la religión de uno; que me repare de donde menos piense para pasar y que le repare al prójimo.

—Para terminar, ¿ha hablado con algún otro periodista?



"Yo le pido a Dios para que no siga la perdición del mundo..."

—Idiay, solo con Ud. la otra vez, en la gruta de la Virgen en Cangrejal; no se acuerda? Me hizo otro montón de preguntas y se llevó el retrato mío para publicarlo. Hace siete años. Por cierto, qué hizo mi retrato...?

—Ay María, Purísima...! San Ignacio de Acosta, noviembre de 1971.

Las parteras

—De 59.213 nacimientos, el 24% fueron atendidos por parteras empíricas.

—No se les enseña a hacer, sino lo que no deben hacer.

—Objetivos y resultados de un excelente programa de Salubridad Pública.

Mediante nueve cursos efectuados en Nicoya, Santa Cruz de Guanacaste, Santiago de Puriscal, San Ignacio de Acosta y Tilarán, el programa de adiestramiento y supervisión de parteras empíricas del Ministerio de Salubridad Pública ha dictado cursos a 117 comadronas, con un resultado halagüeño en todo sentido.

LA PARTERA EMPÍRICA Y LA COMUNIDAD

Si hacemos un repaso sobre el beneficio que le ha traído al país el ejercicio de determinadas actividades, las parteras empíricas ocupan un lugar preferente. Graduadas por la necesidad, a todo lo ancho y largo del territorio nacional las comadronas han traído a este mundo a numerosas generaciones de costarricenses. Y por lo general lo han hecho bien. Claro está que cuando un parto se complica, el desenlace puede ser fatal. Pero en lugares alejados, en donde no hay ni siquiera una enfermera, la mujer acompañante y de experiencia es la salvación para miles de parturientas.

ENTRENARLAS

Una muestra evidente de la importancia de la partera la tenemos en que de 59,213 nacimientos ocurridos en todo el país en el año 1969, 19,060 ocurrieron en el hogar —el mayor número, 39,635, ocurrieron en hospitales y el 0,2 por ciento en otros lugares ignorados— y fueron atendidos por parteras empíricas en un porcentaje que representa el 24 por ciento; o sea que atendieron 14.246 nacimientos, lo que revela su importancia. Por este motivo se pensó en un programa de adiestramiento, "no para decirles lo que deben hacer, sino para indicar qué cosas son negativas". Por lo general la partera empírica tiene una gran experiencia y es poco lo que le queda por aprender. Pero sí es muy importante que sepan cuando una criatura va a dar problemas o cuando la madre tiene una constitución que puede poner en peligro tan-

to su vida como la del niño. Para esto en primer lugar se obliga a la futura parturienta a acudir a la unidad sanitaria a fin de que el médico determine si habrá o no problema. Si todo indica que el parto será normal, entonces se autoriza a la partera a atenderlo.

BUEN EXITO

La enfermera obstétrica doña Leonilce Alfaro de Paniagua indicó al redactor que han tenido una excelente acogida en los diferentes lugares en donde se ha dictado el curso, que está adscrito al departamento Materno Infantil del Ministerio de Salubridad. El programa comenzó en el año 67. Primero se hace una encuesta en los lugares escogidos para dictar el curso; luego viene selección. Durante un mes las mujeres acuden dos veces por semana a la unidad sanitaria a fin de asistir a clases cada una con ocho horas de duración. Es bueno recordar que hubo una época en que a las parteras empíricas se les perseguía, pues había una pugna entre éstas y los profesionales de la medicina. Luego cambió ese criterio; si durante tantísimos años habían traído a este mundo a millones de seres, la verdad es que no lo hacían mal; era mejor darles orientación adecuada para que en los casos de duda o peligro, se abstuvieran de intervenir. Incluso se pensó, y ya se les dio a las participantes en los cursos, suministrarle un equipo para que contaran con medicinas e instrumentos necesarios en un parto normal.

SE EVITAN METODOS PELIGROSOS

Con este programa se evitan, como indicábamos, casos peligrosos que tratados con métodos inadecuados pueden causar una desgracia. Se dice, por ejemplo, que cuando una criatura "viene mal colocada", en algunos lugares la partera levanta a la mujer por los hombros y la sacude, la "socollonea", hasta que



Después de la lección de la mañana, las parteras empíricas disfrutaron de un cafecito en el Centro de Nutrición de Acosta.

nace el niño. Pues bien, con un control adecuado por parte del médico, que lleva la respectiva tarjeta para el control prenatal, se sabe si todo estará correcto y si no es así, pues se previene a la mujer que debe de trasladarse a un hospital. Debemos pensar que no todas las personas pueden hacer esto, que

es lo indicado, o sea que toda criatura nazca atendida por enfermera obstétrica y con un médico a la mano. Que hay personas que viven en lugares alejados ocho o más horas de donde se puede tomar un autobús. Y que allá en la montaña la partera empírica es la salvación. Que esa partera tenga los

mínimos conocimientos en cuanto a forma correcta de cortar el ombligo y hacer un aseo, es una de las cosas que pueden salvar a un niño. Porque de la colaboración de unos y otros sólo pueden obtenerse beneficios, como ha quedado plenamente demostrado en los pocos años que tiene de vigencia el programa.